

JUAN PABLO CALVÁS

NOS PINTARON PAJARITOS EN EL AIRE

Cuatro décadas de
promesas incumplidas
por los presidentes
colombianos

 Planeta

MARANDÚA: ESPEJISMO DEL LLANO

¿Cuántas veces nos han dicho que el futuro de Colombia está en los llanos orientales? ¿Cuántas veces hemos escuchado hablar de ambiciosos proyectos para convertir esa inmensa extensión de tierra que comparten el Meta, Casanare, Arauca y Vichada en el epicentro productivo, gran despensa del país y nuevo norte de Colombia?

Hacer estas preguntas parece remontarnos a las clases de historia y geografía en épocas colegiales, pero en realidad debería llevarnos a mirar la historia de uno de esos proyectos jamás cristalizados por parte de nuestros gobernantes recientes.

Para los indígenas de la Orinoquía colombiana, Marandúa significa “el mensajero que trae buenas noticias desde la selva”, pero a mediados de la década del ochenta ese vocablo fue retomado por Belisario Betancur para bautizar su sueño de crear una gran ciudad del futuro en pleno corazón de uno

de los departamentos más apartados del centro del país y, por qué no decirlo, uno de los más olvidados por los gobiernos del Colombia: Vichada.

Se podría decir que el proyecto Marandúa nace mucho antes de que Belisario llegara a la presidencia de Colombia. Hay que irse hasta mediados de la década del setenta cuando el Banco Mundial quiso desarrollar en el Vichada un interesante proyecto de colonización, o incluso trasladarse aún más atrás, a 1971, cuando nació el Centro Experimental Las Gaviotas en un terreno baldío ubicado en medio de esa tierra de todos y de nadie, que es a fin de cuentas la inmensidad de la altillanura colombiana.

Las Gaviotas es el producto genial de un inquieto joven de ascendencia franco-italiana llamado Paolo Lugari, quien quiso crear una ciudad autosuficiente en el emplazamiento que años atrás había tenido el campamento para la construcción de la carretera de la Orinoquía (que por supuesto tampoco fue completada) y que no eran más que unas casetas y galpones destartados. Lugari se propuso hacer de esa una comunidad capaz de sobrevivir en medio del más absoluto aislamiento, sin necesidad de depender del resto del país. Y es así como con molinos de viento, paneles solares, cultivos de invernadero y bombas manuales se conformó la que podría considerarse la primera comunidad autosostenible y ambientalmente amigable del territorio colombiano. Mientras que en el resto del país los combustibles fósiles seguían siendo la principal fuente de energía, en Las Gaviotas se logró consolidar un modelo que reducía al mínimo la generación de residuos y la producción de elementos contaminantes, al tiempo que se gozaba de la producción de alimentos, agua potable y energía eléctrica a través de medios propios.

Lo innovador que resultaba para su tiempo el Centro Las Gaviotas llamó la atención del Banco

de Colombia. De hecho, para sacar adelante esa iniciativa, se contrató a la gente de Gaviotas para retomar al dedillo el modelo que ya llevaba varios años probándose con éxito en el Centro Experimental Gaviotas e implementarlo en la nueva población. Para construir Tropicalia se eligió un terreno ubicado a doce horas de camino al oriente de Gaviotas como emplazamiento. Se empezó a imitar el diseño de sus barrios residenciales copiando hasta la arquitectura de las construcciones del centro experimental, mientras que se trabajaba en la instalación de los generadores de energía y las bombas de agua esenciales para darle vida a la nueva ciudad. En fin, se dieron los primeros pasos para configurar el “primer pueblo nuevo” de la Orinoquía colombiana. Sin embargo, la falta de presupuesto terminó ahogando el proyecto de Tropicalia que vio con el cierre de la década del setenta también el cierre de su posibilidad de existir.

Sin embargo, este experimento del Banco Mundial, así como el evidente éxito del Centro Experimental Las Gaviotas, se convirtieron en la fuente de inspiración de Belisario Betancur cuando, al comienzo de su gobierno, empezó a mirar hacia los llanos orientales como una especie de nueva frontera por conquistar.

Al comienzo de su presidencia, viajó junto a Lugari al departamento del Vichada y llegaron juntos a un lugar cercano al río Tomo, no muy lejos de donde estuvo ubicado el proyecto Tropicalia. Estando allí, Betancur tuvo una poderosa epifanía. El presidente recordó que en su juventud había visitado los llanos orientales y un chamán guahibo, que leía el humo del tabaco para predecir el futuro, mencionó al espíritu mensajero del viento de la selva y le dijo su nombre que se quedó grabado en la memoria del futuro mandatario: Marandúa. Inspirado por ese recuerdo e influenciado por los resultados sorprendentes que Lugari le había mostrado en el Centro Gaviotas. Empezó a impulsar su iniciativa de ir hasta los vastos

confines de la Orinoquía y la Amazonía para levantar una ciudad que, al igual que Brasilia en el Brasil, fuera un nuevo centro administrativo del país creado sobre conceptos claros y modernos de diseño urbano, pero también con esa característica esencial del modelo Gaviotas, es decir, construido en completa armonía y respeto hacia la naturaleza.

Fue así como en mayo de 1984 el gobierno de Belisario Betancur promulgó el decreto 1119 que daba el primer paso para el nacimiento de Marandúa. Según el texto mismo del decreto, “el Proyecto de Desarrollo de Marandúa en el Vichada constituye uno de los propósitos de mayor alcance que adelanta el gobierno nacional para integrar los territorios fronterizos al desarrollo nacional”. Uno lee el documento y se emociona, hasta que se da cuenta de que cuando nuestros gobiernos hablan de proyectos de gran alcance es mejor interpretar que son “inalcanzables”.

No en vano, para tal fin se definió un comité coordinador (sí, de esos comités que sirven para todo pero no concluyen nada) integrado por jefe del Departamento Administrativo de Comisarías e Intendencias, el presidente de la Asociación de Facultades de Arquitectura, el gerente del INCORA, el director del Instituto Agustín Codazzi y el gerente del Inderena. El objetivo de este grupo de trabajo era definir las directrices y etapas del proyecto y, una vez este estuviera en marcha, asegurar la coordinación de todas las partes interesadas para lograr un trabajo armónico entre las entidades.

La nueva urbe que soñaba Belisario sería la punta de lanza de un gigantesco proyecto para darle una nueva cara a la zona de frontera con Venezuela, pues con la construcción de Marandúa se complementaría el Plan de Fronteras del gobierno generando nuevas dinámicas de desarrollo en zonas de la periferia, al tiempo que se conseguiría la creación de un nuevo polo agroindustrial clave para darle un

fuerte sacudón a la economía nacional. ¡Por fin el Vichada sería más que un inmenso departamento inhóspito e inhabitado al oriente del país! ¡Vichada era el mañana!

Según las proyecciones (o cuentas alegres, llámelas como quiera) hechas entre 1983 y 1984, en Marandúa se desarrollarían 1.5 millones de hectáreas dedicadas a la agricultura, el comercio y la industria. El entusiasmo por el proyecto fue tal que Belisario empezó a llamarlo “La Nueva Colombia” y en torno a esa idea se empezó a crear una inmensa campaña para mirar hacia los llanos como el futuro polo de desarrollo del país. Circularon estampillas celebrando el nacimiento de Marandúa, Belisario dijo que la ciudad sería la nueva capital de Colombia, tal como ocurrió con Brasil y su ciudad modelo Brasilia. Y así, a principios de 1985 empezaron a llegar los colonos para dar nacimiento al nuevo empeño.

En paralelo, pero en la misma ubicación de “La Nueva Colombia”, se dio inicio al proyecto de la construcción de una base aérea, que serviría de aeropuerto para Marandúa y, a la vez, de centro de operaciones para la Fuerza Aérea, urgida por contar con un enclave en esa zona del país para atender las urgencias de orden público de la región, así como asegurar la soberanía en la zona de frontera con Venezuela. La construcción de ambos proyectos avanzó lentamente durante los primeros meses de 1985 hasta que la violencia del narcotráfico y las tragedias de la toma del Palacio de Justicia y la avalancha que sepultó a Armero, en noviembre de ese año, terminaron por frenar el florecer de Marandúa, ya que el gobierno tuvo que reenfocar los recursos que se habían proyectado para la nueva ciudad en las situaciones de emergencia que agobiaron al país. Mejor dicho: Marandúa se abortó.

¿Qué quedó del sueño de Belisario? Una base aérea, tal vez prueba del sino trágico de nuestro país condenado a ver cómo lo único que sobrevive a las crisis son los estamentos de la guerra.

¡Lástima! Marandúa podría haber sido una verdadera ciudad del futuro y un ejemplo para el mundo entero en términos de sostenibilidad urbana. Colombia se habría adelantado décadas al mundo que hoy vivimos amenazado por el calentamiento global. Lástima por Colombia y lástima por el planeta. Paz en Marandúa y brille para ella la luz perpetua.